

772
Cartas de Juan M. Geran

Lucman

CARTAS

SOBRE

UN POETA COLOMBIANO

(Jorge Isaacs)

por N. Arcehomic



BUENOS AIRES

SOCIEDAD ANÓNIMA DE TIPOGRAFÍA, LIT. Y FUND. DE TIPOS

189, CALLE DE BELGRANO, 189

1877.

CARTAS

SOBRE

UN POETA COLOMBIANO



BUENOS AIRES

SOCIEDAD ANÓNIMA DE TIPOGRAFÍA, LIT. Y FUND. DE TIPOS

189, CALLE DE BELGRANO, 189

1877.

LCAJA 37-2

Sr. Dr. Don Nicolás Avellaneda.

Muy Señor mio y antiguo Amigo:

BRISAS de América traen hasta el Plata esas flores nacidas en los Valles de Colombia. Deseo que no caigan en el olvido, como fueron al abismo las flores de la corona de Ofelia, sin que Vd. las tenga un momento en sus manos y me diga si son dignas de la tierra en que «**TUDO ES GRANDE, TUDO HASTA EL CRÍMEN!**»

De Vd. admirador y amigo

S. ESTRADA.

1º de Noviembre de 1877.



Señor Don Santiago Estrada,

Mi querido amigo:

Vuelvo á encontrarlo despues de tanto tiempo, con su *antigua* y sana y buena naturaleza. Creo que Vd. no se ha ocupado de reunir los bellos escritos que en diversas ocasiones han caido de su pluma, y nos presenta publicada á sus espensas una coleccion de poesias ajenas.

Pedro Goyena dirá que éste es un rasgo puramente suyo, un rasgo de aquel Santiago Estrada, al que todos siempre hemos conocido, prodigando con asombrosa facilidad lo propio, y rindiendo admiraciones apasionadas á lo ajeno.

Su publicacion de las «Poesias de Jorje Isaacs» es un acto de caridad perfecto. ¿As-

pira Vd., mi buen amigo, á la santidad y ensaya sobre el terreno literario el apostolado de la beneficencia? ¿Vd. ha concebido y empieza á ejecutar «un *San Vicente de Paul?*»— Pues bien, su primer acto tiene ya todo el esplendor de las obras del gran santo. Hai verdadero desvalimiento en el huérfano recogido, y debe ser desprendida naturalmente de todo móvil humano la accion magnánima del protector.

Abro el libro y leo — Pues bien — No hai que leer; — apesar de ser el dia de fiesta y de que el espíritu libre de cuidados, se encuentra pronto para entrar en buena plática con el primer venido.

Leo su prólogo y vale ser leído. Pero ¿dónde está el poeta anunciado y que debe hacerse presente á nosotros con sus cantos nacidos entre los esplendores y las magnificencias de la zona tórrida? ¿Dónde estan las cumbres escelsas del centro de la América, marcadas por la lava y por el fuego

de sus volcanes encendidos? El señor Jorje Isaacs no tiene ojos, y no aparecen siquiera en un rasgo fujitivo de sus composiciones, la luz, la naturaleza, la tierra y el cielo ecuatorial. ¿Llamaríamos seriamente una descripción aquel descenso al valle para encontrar el clásico *arroyuelo* que corre con el mismo monótono murmullo, desde que fué cantada la primer égloga?

Esperemos. La]poesía tiene corazón de mujer y suele sentirse atraída por el soplo de la desgracia.—El Señor Isaacs se aleja de su patria—Es joven, ama desde lejos y se halla proscrito. He ahí la triple corona que inmortalizó el Dante y que vale para un poeta sobre todas las pompas humanas.

Oigamos ahora los nuevos cantos—El Señor Isaacs recuerda con emoción contenida á «su bella y amada Felisa»—Es su esposa y no necesita decirlo, porque pronuncia su nombre con verdadera unción conyugal. Al Señor Isaacs no le basta, como

á tantos otros, ser un marido — Lo toma sobre su conciencia y lo demuestra — es un buen marido, y comprobado por la ausencia. Pero el Señor Isaacs llega á lo sublime del caso — Es todavía un buen novio, aun despues de haber sido marido, y la vida de familia gana sin duda este edificante ejemplo, aunque no véamos aparecer un nuevo poeta en el Parnaso Americano.

Hé ahí las estrofas:

«Errante, desterrado
 Del patrio suelo,
 Un rizo y unas flores
 Ajan mis besos:
 Prendas unidas
 Como están en mi mente
 Patria y Felisa.

—

«En las vegas que el Cali
 Raudo humedece,
 Nacieron estas flores,
 Son de *quereme*.
 Dichoso un dia
 Las tomé de las trenzas
 De mi Felisa.

«El bucle de su pelo
Rubio—paloma,
Talisman de inocencia,
Rizo de novia,
Dulce y esquiva
Risueña y pudorosa
Díome Felisa.

Esto es sin duda de lo malo, aunque no de lo peor. Dos ó tres estrofas conmovidas que en el *Canto del Recluta* cuentan las mudanzas de la ausencia, á veces mas terribles ¡ay! que las de la muerte; — aquel verso que brilla como un disco de luz sobre la cumbre de una sierra, y que deja caer su reflejo sobre una página entera, — estos diez, ó veinte versos pueden ser sentidos ó bellos, pero no esplican ni justifican la publicacion de un libro entero.

Un verso no es una obra poética, como una línea, aunque sea correcta ó pura, no es un cuadro, ó una hoja de árbol no es un paisaje — El verso, la línea, la hoja no son sino un accidente, sobre todo en el

siglo de Byron, de Musset, de Hugo, de Goethe, y para no remontarnos sobre las cumbres y no salir de la patria americana, en presencia misma de la nota lírica y ardiente de Heredia, ó del pensamiento intenso de Echeverría.

Temo haberme dejado llevar por un sentimiento de severidad exesiva y abro nuevamente el volúmen.

¿Dónde está el Poeta?—Un lijero estremecimiento en el aire, una emociion que no se acentúa por ningun gran grito de pasion, de placer ó de dolor, no bastan para revelárnoslo, cuando estamos acostumbrados—á ver remontarse en vuelo majestuoso y grave el pensamiento poético de Encina—á oir á Guido repitiendo el ritmo ondulante de la lira antigua, cuando seguia sobre las márgenes del Cefiso los pasos de la dulce Erina—ó á admirar las maravillosas delicadezas de espresion, que hacen ver ú oir la idea por el movimiento y el sonido de la frase, en esas composiciones

de Andrade, formadas con los colores de una paleta inagotable,—y cuando nuestros lábios se hallan todavía conmovidos y vibrantes, por haber repetido uno de esos gritos trágicos que resuenan en la poesía de Gutierrez y que nos parecen dolorosamente arrancados de nuestro propio corazón.

El señor Isaacs es versificador y sus versos incorrectos no tienen música para el oído, ni ritmo para el alma. Es poeta y no construye palacios aéreos. Ama y no están expresados en sus cantos, los dos amores de la vida — los éxtasis de aquel en que se vierten las primeras ilusiones, y los ardores profundos y las sensaciones intensas de aquel en que se concentran las últimas esperanzas. La impresión del primer momento se convierte en juicio definitivo—No hai poesía sin música, sin creación, sin sueños y sin tempestades.

II.

Pero dejemos en paz á su poeta, que quedará siempre inédito, apesar de haberse hecho Vd. su editor. Mis observaciones no son una crítica de su autor—Son un reproche personal para Vd. ¿Porqué no publicaria Vd. en vez de lo ajeno, mediocre ó malo, lo suyo que es incuestionablemente mejor, con lo que daría contento á sus amigos, aplicacion á sus facultades literarias, y, sin cumplimiento vulgar, algun brillo á las letras de su país.?

Dejemos á San Vicente de Paul en los hospicios, y no lo traigamos á las letras. La abnegacion que se olvida de sí mismo, escluye el sentimiento fuerte de la propia personalidad, sin el que nadie se arriesga en el peligroso campo de la produccion literaria. Se lo digo con el encarecimiento de una exhortacion seria—No sea mal *editor*, puesto que puede ser tan *buen autor*.

Ayer no mas llegaba á mis manos un discurso suyo sobre artes industriales escrito con el mayor arte literario, y admiraba esa rica sávia de su estilo que se estiende, se ramifica y que por su abundancia misma enmaraña á veces la frase — Un dia he leído un retrato del Coronel Mansilla trazado por su pluma, tan natural, tan animado, que parecia desprenderse de la página como una figura viva. Hojeaba en otra ocasion el mismo libro, y he sentido, leyendo una de sus descripciones, descender sobre mí ese sentimiento de desolacion, reflexivo y triste, que despierta en el ánimo la vista de la pampa, cuando no hay la luz plena del sol que la incendia y la oculta con sus resplandores, — la oscuridad inmensa que abisma ó que aterra, pero sí la luz de la luna, que se hace tan penetrante en su melancolía, al dilatarse por la estension infinita.

Prefiero así sus escritos donde hai el pensamiento que nutre el estilo, y en los que el

estilo se reanima y se vivifica con el variado reflejo de los objetos exteriores, y los prefiero cien veces sobre los versos incoloros del poeta colombiano. La última noticia que Vd. nos dá sobre él, es bien venida. Experimento verdadero contento al saber que en uno de los valles de Colombia hai un hombre feliz que educa á sus hijos y cultiva la tierra, «guiando él mismo el arado que abre el surco.»

Pero perdóneme, mi buen amigo, y concluyo—Cultivar la tierra no es desenlace para un poeta. Los poetas cultivan otra tierra mas dura y mas ingrata—Cultivan el dolor, la duda, la desesperacion en su mayor expresion humana. El pensamiento es á veces una espada, y al arrancarla de la herida para que pueda esta ser sondeada en sus profundidades, muere el paciente ¡Pobre Schelley,—hemos sentido todos pasar sobre nuestras frentes la sombra de tu agonía y no se aparta yá de nuestros ojos tu figura doliente!!

El tipo del poeta no es la rubia Ceres que preside las cosechas, ni el festivo Dios Pan que no inventó la lira, sino el caramillo, para asociar sus desapacibles sonos á las tareas rústicas—El tipo eterno del poeta es aquel Orfeo que aparece en las leyendas índicas y griegas, como el primer cantor sublime, revelador de los misterios divinos y humanos. Su poder de seducción es inmenso—Después de haber vencido con su lira á las fieras, después de haber bajado á los infiernos en busca del bien perdido, Orfeo vuelve á la Tracia y muere despedazado por las Bacantes, es decir, por las pasiones bravias que él mismo había suscitado con sus cantos.

Así murieron bajo el desgarramiento de sus propias emociones, Byron en Missolonghi, Schiller en Weimar y Alfredo de Musset en Paris, cerca de aquella sombría calle de los Molinos, donde su Rolla tuvo también su última noche de placer y de vida.

Así mueren todos, desesperados y jóvenes,

los que han recibido como un poder mágico y como un anatema, este don suicida de convertir la palabra en jemido — Así mueren todos, menos Goethe que se escapa á la destruccion por la encarnacion sucesiva en todas las ideas — menos Hugo que puede repetir las palabras de uno de los Genios en el segundo Fausto :

EN LA TEMPESTAD DE LA ACCION MI ESPÍRITU
SE RENUEVA. ES UN TORBELLINO — SUBE Y BAJA.

Soi siempre su afmo. amigo y querría
continuar siendo su apasionado lector.

N. AVELLANEDA. .

Noviembre 11 de 1877.

